

P I C A R D Í A M E X I C A N A

Por Juan M. LOPE

DURANTE EL presente siglo se han multiplicado los estudios e investigaciones sobre la lengua hablada, coloquial. Con ello se ha rectificado y superado una tradición que tenía ya muchas centurias de existencia. La Gramática tradicional, en efecto, extraía sus materiales e informaciones casi exclusivamente de la lengua escrita. El nacimiento mismo de la Filología se produce como consecuencia de la necesidad sentida en la Grecia clásica de interpretar, de "rejuvenecer" y modernizar los textos homéricos, escritos muchos años antes. En la lengua literaria, pues, enrosca sus raíces la investigación filológica. Durante siglos, la situación es fundamentalmente idéntica. Los grandes poemas medievales, las extraordinarias novelas clásicas, los sorprendentes dramas barrocos son los únicos manantiales en los que bebe la Gramática tradicional. Lo que Garcilaso, Cervantes, Lope y Quevedo escriben, queda pronto codificado y sancionado por los filólogos del Renacimiento primero, y por la joven Academia de la Lengua después. Voces hay en el *Diccionario* oficial de nuestro idioma que merecen el alto honor de quedar allí registradas por el simple hecho de haber sido usadas una sola vez por alguna de las autoridades clásicas del idioma. Mientras tanto, la lengua hablada por calles y plazas, la lengua familiar, viva y real, permanece olvidada o regalada a un segundo plano. Raro es el autor que se digna distraer su atención en pro de tan baja y despreciable modalidad del idioma. Alguno hay, desde luego: Juan Hidalgo, por ejemplo, curioso investigador —a comienzos del siglo XVII— de la lengua de germanía. Y Gonzalo Correas, recopilador de los dichos, refranes y cancioncillas con que gusta de recrearse el pueblo. Mas, frente a ellos, la muchedumbre de eruditos filólogos, de estrados académicos, de intransigentes casticistas, que sólo aceptan como bueno lo que hubiera estado en la pluma —que no en los labios— de Calderón, Cervantes o Tirso de Molina.

Las cosas han cambiado radicalmente. Los filólogos se han dado cuenta cabal de que la lengua hablada, el "argot" popular es tan digno de estudio como las más rebuscadas y originales metáforas de los grandes poetas. En todos los países se han sucedido los estudios sobre el habla familiar, sobre la lengua vulgar, e inclusive sobre la jerga de los delincuentes, gitanos, criminales, pícaros y demás "hombres de malvivir". La misma suerte ha corrido el español de México: Wagner, Darío Rubio, Roumagnac, Trejo, Chabat y otros muchos estudiosos se han afanado por ilustrar esa rica y vitalísima faceta de la lengua hispánica. Y últimamente, Agustín Jiménez. Su libro, su *Picardía mexicana*, motiva estas rápidas líneas. Libro de gran éxito, enorme éxito de librería. Cuando esto escribo, van ya seis ediciones; es muy posible que la séptima salga a la luz antes que mis comentarios. Éxito total, rotundo... ¿Justificado? —Según se juzgue. El valor, el mérito de un libro —como el de

todas las cosas— puede variar de acuerdo con el ángulo de mira desde el que se observe. *Picardía mexicana* es un libro sumamente divertido, ágil, alegre. ¿Mérito del autor? —En gran parte sí, sin duda alguna; pero en mayor parte aún, mérito del pueblo mexicano, verdadero autor —creador— del contenido de la obra.

Mas no es mi intento juzgar el libro desde todos los puntos de vista posibles. Sé que al señor Jiménez le interesa conocer la opinión de un lingüista. Aprendiz de lingüista, si acaso, aventuraré yo un juicio meramente filológico sobre el libro. Así considerado, debo empezar por consignar que su lectura deja una impresión un tanto decepcionante; el libro es, evidentemente, algo incompleto. Y lo es a sabiendas —y por voluntad— de su autor. Imposible, desde luego, recoger todas las expresiones "groseras" de un pueblo idiomáticamente tan original e innovador como el mexicano. Imposible reflejar, en un solo volumen, todos los modos de decir de una nación. No obstante, *Picardía mexicana* produce cierta decepción; en el lingüista, por supuesto. Sus materiales son, relativamente, bastante pobres. Relativamente sólo; quiero decir que —aunque no se recojan *todas* las expresiones relativas a cada tema, cosa materialmente imposible— sí se da cabida a multitud de voces, frases, giros que sólo en este libro podrán hallarse impresos. No es pequeño el servicio que, con ello, hace Jiménez a la lingüística. Sin embargo, mostrándonos un poco exigentes, deberemos reconocer que los materiales reunidos representan sólo una pequeña parte de los que el pueblo usa en sus conversaciones. Además, la presentación de esos materiales resulta, en la mayoría de los casos, excesivamente descarnada, desprovista de información. Un ejemplo: se nos declara que el pueblo dice, por 'comer', y entre otras muchas cosas, *filiar* o *filetear*. El dato es útil, tiene interés. Pero... ¿por qué detenerse ahí? ¿Por qué no explicar el origen de esos verbos? ¿Por qué no añade el señor Jiménez la interpretación popular de tales voces? Las etimologías que los hablantes otorgan a las palabras por ellos usadas pueden ser falsas, erróneas, pero no por eso estarán desprovistas de interés para el lingüista. A éste le conviene saber cómo interpretan, cómo "sienten" las palabras los hombres del pueblo que las emplean.

No hay rigor, no hay método, no hay sistematización en el libro; hay —eso sí— ingenio, amenidad, picardía. Es muy posible que lo uno se oponga a lo otro. Y el autor ha preferido sacrificar lo primero a lo segundo. De ahí su éxito; de ahí, también, sus deficiencias. A. Jiménez ha sabido acercarse al pueblo con el oído atento y la pluma dispuesta; no es pequeño mérito, ni mucho menos. Mas no ha sabido —o no ha querido— estudiar esos materiales populares, explicarlos, razonarlos, interpretarlos. Y al eliminar muchos de los recopilados, al hacer una selección de entre la ingente masa, si bien ha propor-

cionado mayor agilidad al texto, ha traicionado también al pueblo hablante, al verdadero creador. Ha mutilado caprichosamente la lengua popular y, con ello, ha defraudado al lingüista. Y digo "caprichosamente" porque el señor Jiménez —es confesión propia— ha elegido de entre la inmensa muchedumbre de expresiones populares sólo las que pudieran calificarse de "groseras", de malsonantes o inmorales. Y ello ¿con el fin de escandalizar, de "epatar al pequeño burgués"? —No me atrevería a afirmarlo; pero sí me permito hacer constar que, hoy en día, todo lo que pueda ser motivo de escándalo tiene casi asegurado un éxito completo.

Pero que conste que mi objeción no radica en la orientación dada por el autor a su libro. Ni yo me escandalizo ni, aunque así fuera, dejaría de reconocer el inmenso valor filológico —no digamos sociológico o psicológico— que esos materiales "escandalosos" pueden tener. Mis reparos apuntan todos en la misma dirección: como aprendiz de lingüista, lamento que A. Jiménez haya actuado más como "pícaro" que como "investigador". Por ello, considero que no debemos irrumpir en exclamaciones admirativas ni en diti-rambos excesivos, ni mucho menos situar a *Picardía mexicana* —como algún periodista ha hecho— en un plano que no le corresponde: el de la investigación científica. Nada justifica que, ante este interesante libro, se menosprecie la labor de académicos, historiadores, sociólogos o ensayistas, y se dirija a tan respetables estudiosos una de las frases recogidas en el libro: "Ábranse, piojos, que *ai* va el peine." Por favor, no confundamos los planos.

RENÉ MARQUÉS, *En una ciudad llamada San Juan*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1960, 134 pp.

SI BIEN los cuentos de este volumen alcanzan un nivel artístico decoroso, y están escritos con recursos similares y ofrecen un mismo clima, no todos los relatos son igualmente afortunados.

"En la popa hay un cuerpo reclinado", "Dos vueltas de llave y un arcángel", "El delator", "La hora del dragón", sobrepasan en calidad al resto del tomo; en ellos el autor emplea sus mejores dotes de narrador: obtiene desarrollos perfectos, desenlaces justos, sugiere las situaciones sin pecar jamás de obvio, usa adecuadamente el monólogo interior y los cambios de tiempo, sus imágenes son eficaces medios narrativos y no adornos inútiles.

Pero las virtudes de René Marqués son al mismo tiempo sus limitaciones; el autor tiene predilección por los tratamientos dramáticos y por los temas crueles (aun grotescos), se demora describiendo las sensaciones de los personajes. A pesar de su temperamento romántico los relatos son valiosos, precisos aun en su estilo cargado de tintas oscuras; pero cuando descuida la acción y se entrega a sus inclinaciones, se sale del género, cae en el efectismo de una prosa poética, inconsistente por subjetiva (no muy lejos

de lo ininteligible), que causa la impresión de ser esquemática y reiterativa.

En suma: René Marqués es un narrador hábil y domina su oficio; pero no siempre tiene en cuenta que las vivencias y los sentimientos personales deben trascender a lo universal para poder transformarse en valores artísticos.

C. V.

FERNANDO BENÍTEZ, *Viaje a la Tarahumara* (Fotografías de Nacho López). Biblioteca Era. México, 1960, 86 pp.

EN LA POESÍA, la novela, el teatro o el ensayo, la actitud fundamental de los escritores contemporáneos reside en la preocupación —lúcida o desesperada— por hacer de la literatura un método de conocimiento, un intento por determinar la respuesta a un problema capital: el destino, el sentido y la razón de la existencia. Más que crear un arte de diversión, más que representar una sociedad y los personajes que la habitan; lo que importa es dar conciencia al hombre de su oposición al universo que lo encierra, un universo continuamente objeto de interrogantes, en acusación. Esa literatura de testimonio lo es también de salvación, de compromiso, de una moral basada, específicamente, en la denuncia y la rebeldía. Así lo ha sentido Fernando Benítez al aceptar su responsabilidad de escritor en crónicas y reportajes que se proponen ofrecernos actos y sucesos de los que ha sido testigo. Rechazando el anecdotario superficial, evitando los peligros del sensacionalismo, Benítez ha revisado, exaltadamente, los valores humanos a través de uno de los grandes movimientos políticosociales del continente americano (*La batalla de Cuba*), o de su convivencia con un sector de la población más olvidada de México (*Ki, el drama de un pueblo y una planta, Viaje a la Tarahumara*). Relatándonos sus recuerdos e impresiones de comarcas tan disímiles y distantes como Yucatán y la Sierra Tarahumara, nos obliga a asistir a la revelación de un mundo desconocido que parece imposible a nuestros ojos de "gentes civilizadas", a sentir en carne viva la existencia miserable de hombres y mujeres víctimas de fuerzas criminales, a compartir su denuncia y su indignación, a contribuir en el sostenimiento de una protesta que, por desgracia, no ha encontrado todavía oídos comprensivos.

Si *Ki, el drama de un pueblo y una planta* muestra la situación de los indios de Yucatán bajo la explotación henequenera con la objetividad de datos estadísticos, encuestas y entrevistas y evitaba toda intención literaria, el *Viaje a la Tarahumara* adquiere mayor dignidad gracias al dramatismo que prevalece en una prosa que narra, limpiamente, la condición de un pueblo inocente, a la eficacia de un tratamiento directo, al retrato de un paisaje hostil a sus habitantes, al relato de costumbres familiares que rebasan el documento antropológico o el interés meramente exótico para alcanzar situaciones dostoyevskianas, una voz que parece nacida del teatro de Bert Brecht

(recordemos las emocionantes conversaciones, la representación de un juicio, la onírica carrera, los testimonios de los maestros, las sesiones en que se habla de dinero y justicia, el futuro sin remedio que aguarda a todo un pueblo).

Al mismo tiempo que un documento más eficaz que las reseñas e informes de los organismos especializados, Benítez ha logrado, con el *Viaje a la Tarahumara* un hermoso, dolorido intento por determinar la realidad de un mundo que bien puede simbolizar el nuestro y una muestra más de lo que puede y debe hacer un auténtico periodista. Las fotografías de Nacho López, excelentes, subrayan la verdad de ese mundo.

J. V. M.

SEMINARIO DE CULTURA NÁHUATL, *Estudios de Cultura Náhuatl*. V. II. Instituto de Historia, UNAM. México, 1960, 218 pp., 3 láms., 1 mapa.

CUANDO Ángel María Garibay publicó en 1953 la *Historia de la literatura náhuatl*, se inició en México un movimiento académico que tiende a incluir al idioma náhuatl dentro de los marcos de la investigación histórica que se realizan. Movimiento que ha venido dirigiendo y estimulando al doctor Garibay desde el Seminario de Cultura Náhuatl del Instituto de Historia de la UNAM.

Resultado de los trabajos del seminario fue el volumen I de *Estudios de Cultura Náhuatl* (1959) que aportó una bibliografía exhaustiva sobre el tema (1950-1958). Ahora en el segundo volumen ofrecen trabajos sobre toponimia, códices, historia, etnología, etnografía y lingüística, y una bibliografía sobre cultura náhuatl publicada en 1959.

Anuncian una publicación próxima a salir: *Relaciones socio-económicas de los aztecas en los siglos XV y XVI* de Friedrich Katz (Universidad de Viena), y anticipan aquí un capítulo (en alemán) sobre las culturas inca y azteca que aparecerá en el texto español.

Fernando Anaya Monroy colabora con una síntesis de los trabajos que ha presentado ante el Congreso Mexicano de Historia, sobre toponimias indígenas de Zacatecas, Aguascalientes, Guerrero, Tlaxcala y el noroeste de México. Revisa el desarrollo de las investigaciones toponímicas mexicanas, y puntualiza que, la importancia de esta disciplina consiste en que procura datos no sólo sobre flora y fauna, sino sobre el paisaje moral del sitio.

Más adelante aparecen tres láminas con reproducciones del Códice Azteca del Museo del Ejército de Madrid que, junto con su transcripción y traducción, José Alcira Franch presenta al público por primera vez, dando noticia sobre el pueblo de Tlamampa, sujeto a Otumba en 1590.

Comenta Arthur J. O. Anderson sobre Sahagún y su espíritu indigenista.

Anderson aprecia un proceso hispanicista o aculturativo para la época de Sahagún, que se muestra por el manejo ágil del español en el habla de los indígenas del Colegio de la Santa Cruz, quienes en ocasiones tomaban espontáneamente vocablos castizos para afianzar su prosa náhuatl; o por una simplificación del lenguaje náhuatl; o por una actitud indígena alejada de resentimiento ante la intrusión cultural, entre otras cosas. Buena parte de esta feliz disposición, cree él, se produjo gracias al trato que Sahagún dio a los informantes nativos, a quienes dejaba expresarse libremente, actitud comprensiva que sentó bases sólidas para un proceso de cambio cultural.

Hay textos sobre el Día de Muertos, Rezaderos y Agüeros, que aportan etnografía de Milpa Alta, D. F., y la zona de Necaxa, ambas de la cultura náhuatl.

Samuel Martí señala algunas de las correlaciones de los colores, números y rumbos con las deidades de los panteones prehispánicos. Añade una bibliografía sobre el tema.

Juan A. Hassler ofrece los resultados de sus investigaciones sobre los fonemas del náhuatl antiguo en los Tuztlas, Ver.

Miguel León-Portilla da una lista de 28 "nahuatlismos", palabras que tomadas del náhuatl se han incorporado al castellano, usadas hoy en Filipinas. Gran parte de ellas se refieren a alimentos y objetos de uso doméstico.

Ignacio Bernal señala una posibilidad de usar valederamente el esquema histórico dado por Arnold J. Toynbee en su *A study of history* (Londres, 1948), ajustándolo a las más recientes conclusiones de arqueólogos e historiadores. Bernal plantea su disquisición desde un plano etnohistórico que da una nueva panorámica de la antropología mesoamericana, y que permitirá un ordenado planteamiento de hipótesis en este campo.

Cinco estudiantes del Seminario colaboraron con trabajos: A. López Austin analiza los primeros capítulos del apéndice al tercer libro del Códice Florentino, donde se trataba de los tres caminos que seguían los muertos. Jacqueline Forest traduce al francés el discurso que las madres aztecas hacían a sus hijas cuando entraban en la pubertad. La acción de enderezar los corazones: Neyolmelahualiztli, es comparada en sus semejanzas y diferencias con el rito católico de la confesión, por Alberto Estrada Quevedo, quien además, basándose en textos del Códice Florentino y dos glifos del Códice Borgia, infiere que la confesión se hacía a una dualidad masculino-femenina formada por Tezcatlipoca y Tlazoltéotl, y no sólo a Tlazoltéotl, como se creía. Selma E. Anderson describe el origen mítico del maíz. Y Jorge Alberto Manrique entresaca de los textos de Sahagún que se refieren a los amantecos o artifices de la pluma, pintores y cantores, tres palabras que considera que indican la finalidad del arte náhuatl: introducir a la divinidad en las cosas.

J. E. R.

